MEDITACION EN QUERONEA

Para Antonio Buero Vallejo.

NADA sucede en vano.
Por esta sangre cantará
toda mota de polvo, todo cielo.
Piedras, brezos, encinas
dejarán su aparente
silencio. (¿Es vano acaso
morir? Un barco negro
se pierde por el mar, ¿y eso es la muerte?)

Nada sucede, sino
que canta un grillo apenas, a lo lejos,
y algunas hojas—pocas—
se desprenden y un buen
vino se bebe, a veces
en una plaza diminuta sin
faroles. Se hinche
el calor a oleadas,
desborda como un río
los diques del invierno,
(¿qué el dolor o cuándo
viene?) y corre,
llueve desde lo alto, y crece y surge
desde la tierra, nos arropa
con el vaho cariñoso
de un animal doméstico
—es el acero solo el que da frío—:
espeso, firme, quieto, para siempre.

Nada sucede. (¿Se ha
agotado el futuro en esta noche?)
El trigal, tembloroso de deseo,
así aguarda la siega. Mueren solo

los que amaron la vida: el arduo símbolo,
el misterioso polen,
la ciudad escarpada.
A esos que viven, delicadamente
una sonrisa significativa
los arrastra a la historia.

¿Nada sucede? La abundante noche
anega el campo de batalla. (¿De
qué batalla?) El camino
nunca es de vuelta. Vamos adelante.
Recoged el botín:
las manos enlazadas, la impasible
serenidad, ese enfriado gesto
también. Toda la herencia. No es posible
dejar para mañana
la vida, contar hoy
los cadáveres. Nada
sucede. Algo, al menos, hay
que no sucede en vano: cuánto
florece esta llanura, qué altos tallos,
qué apasionada trama en el olivo.
¿Era estéril morir?

La luz conoce
su itinerario. Somos hoy
aquéllos y seremos
otros después. Salvados, juntos, ciegos.
Contra el pecho el botín,
bajo el ala del buitre.
Esperemos ahora
el despertar de los pequeños pájaros.